

la existencia del teólogo. El trabajo teológico es oración, relación con el Dios que interpela al hombre, y es también servicio, diaconía de la verdad.

El texto de la «Introducción a la teología evangélica» es de ágil lectura y de indudable interés. Es una obra de madurez de Barth, donde matiza muchas de sus posturas anteriores y expone de modo positivo su concepción de la teología. Será de gran ayuda para quien desee iniciarse en el pensamiento de uno de los mayores teólogos protestantes de este siglo. Por otra parte, la acertada introducción de Bof puede ayudar a leer esta obra con el necesario sentido crítico.

F. Conesa

Emile DURKHEIM, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Alianza Editorial, Madrid 1993, 696 pp., 11 x 18.

Con esta edición de bolsillo, Alianza Editorial pone al alcance del público de lengua castellana esta importante obra del sociólogo francés Emile Durkheim (1858-1917). Este autor, que es uno de los padres de la sociología religiosa moderna, elabora en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912) su teoría sobre el origen de la religión.

El libro constituye fundamentalmente un estudio sobre la religiosidad de una tribu de aborígenes australianos (los Arunta). Sobre la base de estas investigaciones históricas, Durkheim hace suya la tesis de Frazer, que ve en el totemismo la forma elemental de experiencia de lo sacro. El centro de las manifestaciones religiosas de los pueblos primitivos es siempre el tótem, es decir, un animal que es asumido como emblema del clan y que confiere a quien lo lleva un carácter sagrado.

En torno al tótem se desarrolla toda la vida religiosa de la tribu. La rela-

ción que se establece entre la comunidad tribal y el tótem es doble. Por un lado, es una relación cognoscitiva. El hombre religioso liga el tótem con ciertas creencias mediante representaciones míticas que expresan la naturaleza de lo sagrado. Pero el mito solo no basta. El espíritu religioso tiene necesidad de expresarse también en otra dirección. La relación entre el creyente y el tótem es también operativa y se expresa en múltiples acciones rituales. Surge así, junto a los mitos, el culto.

El carácter sacral del tótem —y esta es una de las tesis fundamentales del autor— no es sino un reflejo objetivo, concreto y tangible de un proceso de idealización y divinización que la sociedad realiza respecto a sí misma. Se verifica así una transferencia colectiva que encuentra en la tribu el sujeto y el objeto, su principio y su fin, su origen y meta, el agente primordial y el destinatario último.

En este sentido, afirma Durkheim que «la religión es algo eminentemente social». De hecho, «el dios del clan, el principio totémico, no puede ser otra cosa que el clan mismo, pero hipostasiado y representado en la imaginación bajo las especies sensibles del vegetal o el animal que sirve de tótem» (p. 342). Esto es posible porque «una sociedad posee todo aquello que se precisa para despertar en los espíritus, por la mera acción que ejerce sobre ellos, la sensación de lo divino, pues ella es para sus miembros lo que un dios para sus fieles».

Durkheim subraya que, en cuanto idealización del grupo social, la religión tiene determinadas dimensiones y funciones: tiene una función social positiva en cuanto ayuda a socializar; ejerce también una innegable función cohesiva. Por ello se puede definir la religión como «un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a cosas sagradas, es decir, separadas, prohibidas, creencias y prácticas que

unen en una misma comunidad moral, llamada Iglesia, a todos los que se adhieren a ellas» (p. 98).

Como se ve, el análisis de la religión realizado por Durkheim es claramente reduccionista. Durkheim, desde los presupuestos positivistas, niega la realidad de lo sagrado, reteniendo sólo como objeto de estudio las creencias, los ritos y el aspecto comunitario de la religión. Por ello, en último término, Durkheim identifica el fenómeno religioso con la estructura social aprehendida teóricamente y la vida religiosa con la vida social. Durkheim absolutizó así los aspectos sociales de la religión y la redujo a una de sus dimensiones. Ignora por ello toda la función psicológica y existencial que ésta tiene en la vida de los individuos así como su función estrictamente sagrada.

Además la obra adolece de algunos defectos metodológicos, como muy pronto reconocieron los mismos sociólogos. Los datos sobre los que el sociólogo francés había asentado su teoría eran muy limitados. Las nuevas investigaciones sobre la religión de los pueblos llamados «primitivos» no caben en la teoría que Durkheim había formado exclusivamente a partir de determinadas tribus australianas. Es muy dudoso también que —como piensa el autor— la religión totémica constituya un ejemplo emblemático de religión en estado naciente y, por ello, el terreno ideal en el que indagar la esencia misma de la religiosidad.

Estas observaciones no pretenden, sin embargo, restar importancia a la obra de Durkheim, que constituye un testimonio de los inicios de la sociología de la religión y que es ya un clásico de esta materia.

F. Conesa

John HICK, *The Metaphor of God Incarnate*, SCM Press, London 1993, X + 180 pp., 13, 5 x 21, 5.

Uno de los filósofos de la religión más influyentes, especialmente en el ámbito angloamericano, es John Hick, quien ha formado a gran número de especialistas en filosofía de la religión primero desde el *Princeton Theological Seminary* y posteriormente desde la *Claremont Graduate School* en California. Su pensamiento puede situarse genéricamente en el marco de la filosofía analítica y la teología protestante, aunque en ciertos aspectos es crítico respecto a ambas tendencias.

Uno de los temas centrales de su filosofía de la religión es el estudio del hecho de la diversidad de religiones. Hick sostiene en este terreno la tesis del pluralismo religioso, según la cual, todas las religiones son igualmente verdaderas pues todas serían caminos para alcanzar la misma realidad última. Esta «hipótesis pluralista» se apoya en la distinción kantiana entre fenómeno y noumeno. Las diversas religiones —dice Hick— han de ser tenidas como diferentes aprehensiones del noumeno divino único que no puede ser conocido en sí mismo, sino a través de los diversos encuentros con Él. Existe, según Hick, una pluralidad de revelaciones del noumeno divino. Las religiones fenoménicas serían revelaciones particulares del único noumeno divino.

Hick suele relatar que en los años setenta dio un «giro copernicano» en su comprensión de las religiones. En esta época propone realizar una revolución copernicana en nuestra concepción del «universo de las fes» y el lugar que ocupa en él nuestra propia religión. Es un cambio —dice— desde el dogma de que el cristianismo está en el centro al pensamiento de que es Dios quien está en el centro y que todas las religiones de la humanidad, incluyendo la nuestra, sirven y giran en torno a Él.

El lector del libro que presentamos habrá de tener muy claro que la hipótesis del pluralismo es un punto de parti-